

forman el abanico tal como hoy lo conocemos. El sistema actual, el «pegable», es originario de Corea y se introduce en China a principios del siglo XV. Allí tiene su aceptación y su desarrollo.

Un día, los mercaderes traen a Portugal un abanico nuevo. Es pequeño, plegable, y en su parte inferior tiene un clavillo que sujeta las varillas. El sistema atrae; no abulta nada y su manejo, hecho súbitamente, puede ser un lenguaje y una sugestión. De Portugal pasa a España e Italia. En el siglo XVI se introduce en Francia y Alemania. El abanico se ha hecho dueño de Europa.

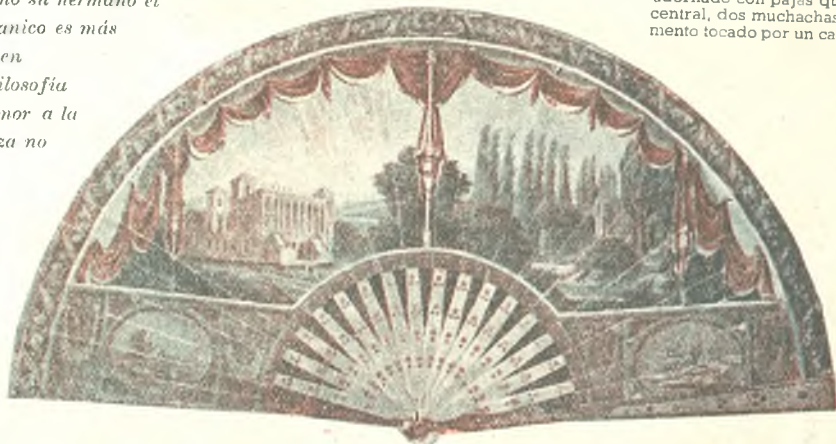
Es un lujo costoso, pero difundido. En Francia se utilizan tanto en verano como en invierno. Se fabrican de una riqueza extraordinaria. En algunos, su clavillo es un tubito de oro, cerrado por un diamante, cuyo interior contiene una pequeña hila empapada en la esencia de moda. El motivo de sus países es alegórico, satírico, cómico y de escenas de la vida diaria. Se realizan sobre encaje, marfil, cabritilla, papel y seda. Se emplean en sus varillajes el oro, la plata, el nácar, la concha y el marfil; en los más inferiores, la madera. Las varillas van caladas y pintadas. El final del siglo XVII y todo el XVIII forma el apogeo del abanico.

El abanico careta es una coquetería en las damas dieciochescas, y es el arma de la intriga galante, como su hermano el abanico de espejuelos. Nunca el abanico es más rico, más recargado y más frágil que en este siglo XVIII que desenvuelve la filosofía de lo barroco con su paradoja de amor a la Naturaleza, quizá porque la Naturaleza no deje de ser barroca. Y el abanico, emblema de un arte inútil y por lo tanto refinado, salva el escollo de la Revolución francesa y de otras revoluciones, para seguir siendo una medida de arte menor, de tiempo y de moda.

En el período romántico toman auge los abanicos;



Abanico de varillaje de marfil, ancho, calado, tallado, dorado y adornado con pajas que enlazan con el varillaje; en un medallón central, dos muchachas, de las que una baila al son de un instrumento tocado por un caballero. Último tercio del siglo XVIII. (Colección Duque de Alba.)



Abanico con varillaje de nácar, incrustado de lentejuelas, y guías de bronce dorado y aceros; países de cabritilla pintada, el anverso con vista del palacio y jardines de «la alameda de Osuna». Primer decenio del siglo XIX. (Colección Duquesa de Talavera.)

pero viven a costa del pasado. Se imitan las formas de las épocas anteriores, aunque creando un estilo. A primeros del siglo XX se inicia su decadencia, ya sea por falta de artistas o simplemente porque la vida actual se haya olvidado de lo sibarita.

El estilo de un abanico recibe el nombre de su creador o del período en que se desarrolla, y éste varía según la nación de origen. España, país de abanicos, les da el nombre de sus monarcas, pese a que en la mayoría de los casos el objeto haya sido importado de Francia. Hoy, cuando el abanico tiene ya un perfume de nostalgia, cuando el risarás de su cierre es como una rima para otras épocas de arte y de amor, queremos creer que en la vida artística no hay épocas de decadencia, sino de transición, y que un día el mundo volverá por ese otro mundo de cosas frágiles, de cosas pequeñas que civilizan y se pueden quebrar para no volver a ser. En nuestro país, sobre todo en las regiones más calurosas, vemos con frecuencia el abanico entre las manos de nuestras mujeres, como lógicas armas contra el calor y peligroso instrumento al servicio de la coquetería.



Abanico de varillaje de marfil muy calado y tallado con asunto, en el centro, análogo al del país y dos recuadros conteniendo figuras; en las guías, otros de mucho relieve, rematados por motivos chinos. Vitela representando la salida del Sol sobre el mar. (Del cuadro de Guido de Reni.) Segundo tercio del siglo XVIII. (Colección Marquesa de Casa Torres.)



Abanico de varillaje de nácar calado y pintado; país de cabritilla representando un baile que presencian, desde su trono, los reyes Luis XV y su esposa. Segundo tercio del siglo XVIII. (Colección Reina Victoria.)